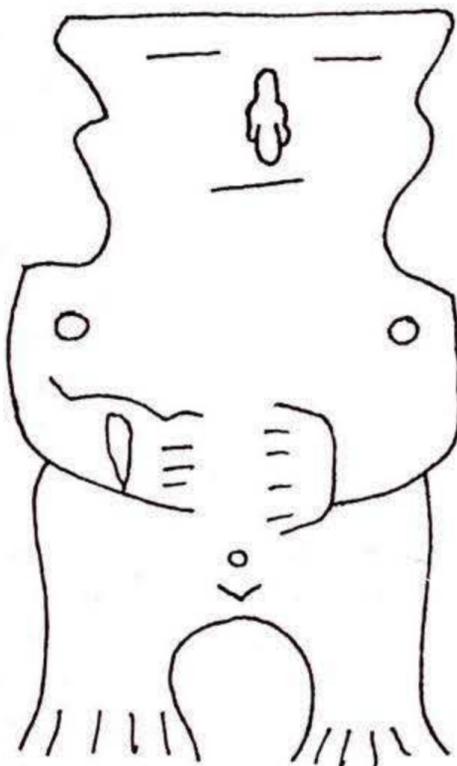


que abunda en constataciones curiosas: “No he encontrado a nadie que tras dos o tres tragos me diga, en tono confesional, que es heterosexual”. Rincón advierte, cosa que quizá ningún otro habría hecho, que Apartadó tiene casi el diez por ciento de las canchas de fútbol que hay en el país y nos divierte observando a esos personajes que rinden culto a su carro lavándolo y embetunándolo todos los sábados, mejor todos los días si se puede. Y no hay tema al que se le arrugue, de modo que hay siempre algo sobre la globalización, el consabido análisis del once de septiembre, algún artículo que se burla de la jerga en boga, también la consabida diatriba contra López Michelsen, negando sus dotes intelectuales (lo cual, confieso, no deja de sorprenderme, pues personalmente son las últimas que le negaría, ateniéndome sólo a su valor como escritor). En fin...



Me identifico cuando el periodista pone en tela de juicio todas las leyes zanahorias que, en el fondo, no ocultan más que represiones contra la libertad. “Las noches se están perdiendo para la vida —dice Rincón— y va creciendo la idea de que la noche es mala, sinónimo de vicio, cuando la noche es ni más ni menos que la mitad de la vida”. Sí, es cierto, Bogotá es la única capital del mundo en la que está prohibida la mitad

de la vida, sólo superada por la Moscú de Stalin o la Berlín de Hitler. Buenos Aires sólo vive en la noche, y ahora es más pobre tal vez que nosotros, y no por eso la delincuencia es mayor. Seguir ideas así es como afirmar que como hay sicarios hay que prohibir las motos. Pero, al fin y al cabo, en el país de los ciegos el lituano es el rey. Y que conste que el que esto escribe es admirador de Antanas Mockus y le reconoce muchos de los cambios de esta ciudad, que era de pesadilla, aunque se haya quedado sin un centavo en sus arcas...

Pero cuando muestra mayor talento Rincón es en algunos reportajes como un excelente *collage* de noticias (pág. 84), o en viñetas como la que describe los miércoles franceses.

Y como la reseña literaria no debe obviar los defectos o lapsus de escritores o de editores, señalaré que hay unas cuantas faltas. En la página 82 se habló de que “las casas de modelaje les hacen contratos que las ata a sus eventos y clientes”, hay palabras dudosas, como “mafiosismo” y una conjugación que, cuando menos, da para una discusión (pág. 255): “la insensatez que nos asuela”.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Magia sólo hay una

Amazonia

Juan Carlos Galeano

Colección Poesía Casa Silva, Bogotá, 2003, 109 págs.

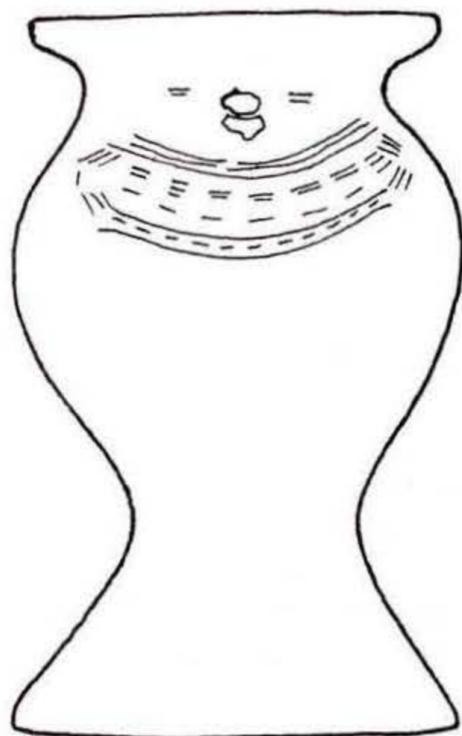
Las editoriales son, por rango y prouuario, unas mercenarias del cuerno. Pero ahora resulta que las triquiñuelas para las ventas rápidas de las empresas comerciales están pasando a las imprentas serias y que tienen hasta colección de poesía. O acaso a las editoriales que se distinguían por un compromiso con la obra y no según el número de ejemplares que ésta lo-

grara vender a como diera lugar¹. La Casa Silva, habiéndose convertido en un instituto de vasta resonancia, es una excepción en el mar de las ventas. Por la poesía, todo; contra la poesía, nada. Buena consigna, entonces, mucho mejor que la de un párroco sin afeitar de Habana la vieja. Y un poco de publicidad no hace daño. Pero esto, como todo en la vida, tiene sus bemoles. La solapa de la carátula de *Amazonia*, el libro de Juan Carlos Galeano, trae unos elogios que son ya el *ya no, ya no ya* (versión criolla de aquel non plus ultra de Juvenal y Catulo). El primero es de Juan Manuel Roca, quien toma las precauciones de la diplomacia: “Ir a su poesía [la de Galeano] es hacer una expedición a un país mítico y solar, frutal y evocador”. Luego viene Raúl Zurita —gran poeta y mitómano irredimible como el noventa y cinco por ciento de los poetas chilenos—, cuyos elogios sólo podrían ser muy suaves para no pisarse la capa —la que usaba Pablito Neruda en Temuco— el ego que se maneja el creador de *Anteparáiso*. Así, pues, suelta lo que sigue:

Juan Carlos Galeano ha escrito un libro extraordinario... Su voz es completamente nueva, no oída antes, y cumple con la proeza de agregarle a la poesía de nuestro tiempo la inmensidad de un universo que faltaba.

Vaya responsabilidad la del libro de Galeano (¿no le daría a su autor un poco de vergüenza ajena leer estas tamañas conjeturas, o es que él, como tantos otros, también se la cree?) ante los lectores que no conocen al personaje, no tienen pelos en la lengua y no juegan al hoy por ti, mañana por mí. Es decir, leen el libro con la cautela que exige el haber leído las presentaciones de la publicidad. Ojalá que Juan Carlos Galeano *no* tenga nada que ver con estas trenzas, amarres, argollas, pateríos (del Perú) y cuateríos (del mero mero: el De Efe, pos mano). Ojalá, ojalá. Porque después viene la conexión pentacampeona en la pluma de Ferreira Gullar, quien le agradece (ojalá, oja-

lá que Galeano tenga las manos limpias) al corresponsal ese envío y le dice que parece retomar el camino abierto —en lengua portuguesa— por Raúl Bopp. Y finalmente cierra la feria taurina nada menos que Charles Simic, poeta yugoslavo de lengua inglesa, calificando este libro de original, complejo e inmensamente inteligible, y pone a su autor en el rango de los poetas de “primer orden”. En la página cinco vienen los datos de Galeano y allí se nos informa que ha traducido un libro de poemas del inglés de título extraño, *El pollo sin cabeza*, y cuyo hacedor es nada menos que Charles Simic. Ya me estoy preocupando. Aquí la evaluación.



Amazonia es un libro bueno y de interés pero, por favor, nada del otro mundo. ¿Novedoso? No lo creo. Juan Carlos Galeano dista mucho de ser un poeta joven (no nació ayer) y por esa cosecha vital y artística (un primer libro en 1986, traducciones del inglés, una antología de la poesía “de la violencia” en Colombia) nuestra exigencia como lectores ha de aguzarse. Para quien conozca la literatura para *young adults* e incluso la que cabe en la expresión *children literature*, tan sensacionales en la sociedad anglosajona, comprenderá que las argucias de Galeano vendrían de por ahí, de escritores como Shel Silverstein². Ocurre que estas formas literarias son casi

inexistentes en la cultura hispánica o son cultivadas (insistamos en la raíz agraria del vocablo) con ese prejuicio de que a los niños —como son medio tontos, usted sabe— hay que hablarles como a *retratados mensuales*³. Los poemas de Galeano comparten la atmósfera y por qué no decir que provienen de la fuente misma que genera esos magníficos textos en inglés. En realidad *Amazonia* está conformado por pequeñas narraciones escritas en verso, manejadas con sabiduría (y un tono que no decae nunca, lo que le da cohesión rítmica) hasta que los lectores descubrimos el truco de Galeano así como Toto, el perrito de Dorothy, desenmascara de un ladrido al Mago de Oz. La “narratividad” está dada por una negativa a las imágenes y al lirismo (bloqueo voluntario, de estilo) y por el empleo de las numerosas frases que se encargan en un relato de mantener la atención⁴. Ejemplo al calce:

Habían llovido serpentinas de
[las nubes en los
escenarios del teatro.

Los animales y árboles actores
[entraban y salían
poniéndose sus
[máscaras.

Nosotros aplaudíamos el
[ingenio de los animales y
nuestros árboles
[amigos.

La Madremonte que vino a
[enseñarnos sus remedios,
se tomó unos aguardientes, y
[nos rogó que le
ayudáramos a volver
[para la selva.

(Una anaconda tenía dos
[cabezas: una tratando de irse
y la otra de quedarse)

Luego se presentaron dos
[árboles magos que
convirtieron las hojas
[en billetes
y volvieron millonarios a unos
[árboles muy pobres.

Los demás árboles aplaudían
[con sus hojas estas magias
y otros números.

Una tortuga mama que
[trabajaba de mesera
trayéndonos tom-collins
[a la espalda
decía que se iba para el Tibet a
[estudiar meditación.

Cuando terminaron los
[aplausos, unos monos muy
fanáticos
se quitaron sus cabezas y nos las
[tiraron a los
espectadores.
[Amazon show, págs. 37-38]

Este poema nos brinda, como veremos pronto, los ingredientes de todo el libro. Antes hemos de destacar, como un rasgo estilístico de construcción, la superabundancia de verbos de estado, acción y hasta de cuasi delirio en trece versos⁵. De hecho hay aquí una exageración del recurso en la medida en que es uno de los textos largos. En los breves se diluye un poco este abuso de las herramientas del relato. El atractivo de esta poética, para el caso colombiano, radica en su escasez de imágenes, que alguien puede asociar con un “violentar” el lenguaje para proponer otra visión. Muy cierto, y Galeano escatima poco su hallazgo. La opción consiste en narrar sucesos cuya atracción poética reside principalmente en lo insólito de la situación. Dos líneas de trabajo: la metamorfosis de los elementos naturales (ríos y montes), de los animales (delfines *et al.*) y hasta de las ventanas y canoas. Hasta acá, el siguiente resultado: un Ovidio de la jungla. Todos empiezan a actuar como seres humanos y deslizan sin tapujos sus mensajes en pro de una causa justa y la preservación del medio ambiente y la cultura de esa reserva gigantesca que, como viene la mano expoliadora, no tardará en ser un paisaje lunar. Las metamorfosis que devienen fábulas nos hacen pensar en un Tito Monterroso amazónico (salvando las distancias tan gigantescas como el río que des-

cubrió Orellana), pero el regodeo en Galeano se restringe al haber conseguido una articulación que le sirve de modelo y acaso de excesiva tentación:

*Una anaconda vive feliz
[enroscada en el cuerpo de un
hombre por las noches.*

*“¿Por qué no te acuestas
[derecha como yo lo hago?], se
queja el hombre un día.*

*La Anaconda le dice que él
[tiene más calor que todos
los árboles que ella
[conoce.*

*“Además me sueño con mis
[remolinos y los ríos
mientras duermo”.*

*“Pues sería mejor que te soñaras
[convertida en un
canal”
(Piensa el hombre, pues no
[quisiera herir a la culebra
con palabras).*

*Pero no puede dormir bien, y
[decide comprarle una
cama a la Anaconda.*

*Por las mañanas la culebra se
[despierta con dolores en
la espalda.*

*El hombre le da muchos
[masajes y le ruega que trate de
dormir sola,
que lo considere, que él también
[necesita dormir bien.*

*“Una culebra tiene que dormir
[bien”, le dice llorando la
Anaconda.*

*“Una culebra tiene que dormir
[bien. Una culebra tiene
que dormir bien”.*
[Anaconda, págs. 107-108]

Otros eslabones surgen también en la cadena de referentes⁶. Pero si uno lee el libro varias veces y descubre el recurso, lo que en las primeras páginas resulta simpático se torna luego mecanismo previsible: “Muchas veces la mesa sueña con

haber sido un animal” (Mesa, pág. 105). Entonces el juego entre serio y divertido se convierte —siguiendo esta ley de la selva— en el menú de pan con palta (aguacate en Colombia y otros países) y otro pan con palta y otro pan con palta y otro pan con palta y un pan con palta más y de despedida una palta con pan⁷. Atajemos algunas de estas recurrencias:

*Los hermanos montaña y mar
[usan el río que los une
como un lazo para
[jugar.*

*Un día al mar le da por jalar a
[la montaña y ella
se voltea con su calderada de
[volcanes...
[Juego, pág. 79]*

*Una ventana de la casa que los
[espera sale a buscarlos
con el corazón en la
[mano.*

*El cielo arregla su trajecito gris,
[y se presenta donde
esperan el hombre y la
[mujer.
[En el río, pág. 83]*

*Computadoras de pasto dirigen
[las marchas y cortejos
suavemente por las
[calles.*

*[...]
En el pastizal inmenso (antes de
[crecerle pasto tierno
en la cabeza),
llora uno que acaba de nacer.
[Pasto, págs. 85-86]*

*Pero en el patio de tierra el
[azadón y la escoba se lo
pasan discutiendo.*

*[...]
Menos mal que la familia decide
[mudarse para el pueblo
y llevar la estrella al
[siquiatra.
[Estrella, pág. 87]*

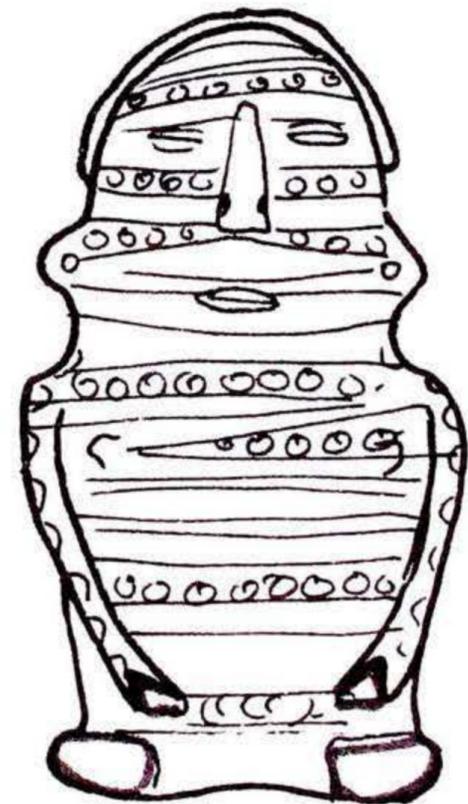
*Un día la gente de Leticia se
[despierta sin sus casas y
tiene que ir a buscarlas.*

*“Hacia tanto calor que salimos
[a darnos una vuelta”, le
dicen las casas,
mientras sus cuartos entran y
[salen corriendo por los
campos.
[Casas, pág. 89]*

*En su viaje las montañas la
[saludan, muchos ríos le
sonríen, pero la isla
[sigue su camino.*

*A las ventanas les encantaría
[abrirle los brazos,
y seguro que si la isla quisiera...
[Isla, pág. 93]*

*Cuando los árboles van a las
[ciudades, visitan los
mercados, los bares y
[cinemas.
[Árboles, pág. 99]*



La metamorfosis tiene un antecedente en las diversas transformaciones que se dan poco a poco en el libro, adjudicadas al poder de los hechiceros y la fantasía que protagoniza los poemas y se desplaza por los personajes con la voz del niño (que tiene un hermano aficionado a las piedras y la música y algo más) que termina prácticamente desplazado por el material poético. Veamos ahora estas transformaciones:

*Los indios decían que al morir
[nos volvíamos cocuyos
y luego unas estrellas
[Estrellas, pág. 33]*

*Un día un hombre se despierta
[con los dedos
convertidos en boas
[pequeñitas.
[Boítas, pág. 35]*

*A mi hermano y a mí nos
[gustaría mejor que las nubes
se volvieran
[merengues...
[Nubes, pág. 40]*

*Los indios se dejan su tristeza
[en piedras
y él las transforma en nubes.*

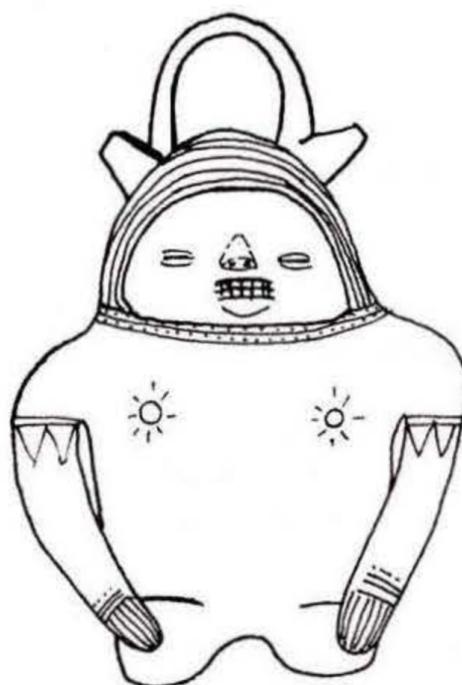
*Mi hermano gana poco, pero la
[clientela le aumenta
cada día.
[Curandería, pág. 45]*

*El Curupira se fuma los tabacos
[y del humo
se forman los caminos donde
[aparecen los animales...
[Curupira, pág. 69]*

*El que espera sería feliz si los
[granos de sol entrando
por la sala
quisieran convertirse en el que
[va a venir.
[La espera, pág. 101]*

El control sobre la realidad, el acto de magia, provoca un cambio que tiende, en su fin último, a corregir la realidad en bruto. Si aceptamos esta circunstancia podremos apreciar el valor que en el libro de Galeano cobran dos elementos opuestos. Las nubes representan lo que no se puede medir, lo intangible que excede nuestra visión. De ahí estas referencias: "Por mi parte, era feliz mirando los informes meteorológicos" (*Aprendizaje*, pág. 11); "Con tantos cambios de clima, la tierra se nos enfermaba con sus lluvias y neblina" (*Cuaderno*, pág. 63). Sí, en las sociedades agrícolas el provocar la lluvia determina el "poder" de los hechiceros: "Luego nos preocupábamos

y le poníamos un sol que mandaba las nubes a llover en otras partes" (*Cuaderno*, pág. 63). Aquí, en el *bosque tropical*, deviene comunicación con un mundo sin límites cuyas representantes son, precisamente, las nubes⁸. Por otro lado tenemos la presencia de las cosas, los bultos existenciales o quizá de difícil separación⁹. Entre ambas, en lo palpable y lo evanescente, el cielo y la tierra, se definen muchos sueños.



El libro también tiene una conexión más estadounidense que amazónica o tercermundista. No es una crítica, es el simple observar: la propuesta ideológica del libro es progresista, digamos, para usar una jerga antigua; y dentro de esta ideología es lo que se llama, en típico producto de exportación estadounidense, algo *políticamente correcto*. Vale decir que se ve con agrado hablar de la ecología, la defensa de las lechuzas moteadas o de los pinos de Oregón, pero cuidadito con mencionar la lucha de clases en los barrios del sur de Chicago. Es la misma actitud de los izquierdistas ante toda sociedad imperial que fomenta la creación de áreas de estudios que denuncian el atropello y las masacres de las comunidades campesinas de Guatemala o de Perú, pero no establecen ninguna analogía con las comunidades nativas de Dakota del Norte o las reservas de Arizona y ni pío dicen de los nativos que sobreviven en calidad de al-

cohólicos (¿por obra del Espíritu Santo?). Es el viejísimo paradigma de la civilización versus la barbarie. Es de jalarse los pelos. El libro de Galeano dista mucho de ser un tratado sociopolítico sobre un contexto histórico: *Amazonia* es un libro de poemas y lo que dicta la musa hay que respetarlo y juzgarlo desde sus postulados. Entonces, en el plano semántico podemos afirmar que el título promete más de lo que otorga. El conjunto de poemas pueden resumirse en esta visión: la experiencia de un protagonista que, lo sabemos desde el comienzo, no pertenecería al Otro, a los indios. Este observador nos trasmite una chispa de las tradiciones y los cuentos amazónicos que se están perdiendo, los árboles talados, los pequeños pueblos que aceptan a regañadientes (pero, ni cortos ni perezosos, están obligados por las circunstancias) los productos del sempiterno capitalismo, desde Batman a Jurassic Park. La resistencia, sin embargo, existe a través de las creencias y la magia. *Amazonia* es, en consecuencia, un libro que aporta, con sentimiento, un granito más a la causa que, respecto de los Andes, fue la obsesión de José María Arguedas. Pero en *Amazonia* no sentimos el "hervor" de los seres humanos (digámoslo con Arguedas) y tampoco se da, como en los libros centrales de Raúl Zurita, una sacudida en la expresión poética. Pero cada quien escribe lo que puede y como puede. Juan Carlos Galeano hace lo suyo con una honestidad que se agradece. Que la musa, pues, lo engría de nuevo.

EDGAR O'HARA
Universidad de Washington
(Seattle)

1. Por ejemplo, ponerle una cinta publicitaria a una novela de un narrador de medio pelo nacido en Sierra Nevada y que, según la demagogia de la publicidad, podría ser el nuevo James Joyce en un macarrónico gaditano-granadino-malagueño de su invención.
2. Autor (quizá ya traducido al castellano: la globalización trae sus bondades, aunque parezca mentira) de los poemas y dibujos de *Falling Up* y el famosísimo

The Giving Tree. Si me pongo a buscar más ejemplos en la biblioteca de mis hijos, esta nota sería la de nunca acabar.

3. Según el eufemismo involuntario de mi amigo Ricardo Moreno, que ha de estar en Australia haciendo mezclas con el inglés que no quiso aprender en la escuela y el acento cantarín del nuevo continente de su residencia. Lírico absoluto de la oralidad y futbolista de pierna fuerte.
4. Unos botones: "Para que no se quemaran [...] Pero cuando..." (pág. 63); "También para que se mejorara..." (pág. 64); "Puede que con las campanitas..." (pág. 65); "Entonces los que les abren..." (pág. 75); "Nos decían que..." (pág. 77); "Un día al mar le da por jalar a la montaña..." (pág. 79). Suficientes para darnos una idea.
5. Vale la pena la lista, verso por verso: 1. Habían llovido, 2. Entraban y salían / poniéndose, 3. Aplaudíamos, 4. Vino a enseñarnos, 5. Se tomó / nos rogó / ayudáramos a volver, 6. Tenía / tratando de irse / quedarse, 7. Se presentaron / convirtieron, 8. Volvieron, 9. Aplaudían, 10. Trabajaba / trayéndonos, 11. Decía que se iba / estudiar, 12. Terminaron, 13. Se quitaron / las tiraron.



6. Pienso en *Guía para viajeros*, el libro de Darío Jaramillo que se inspira en una fusión, a la travesura, de los cronopios de Cortázar y *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino. En el plano de la articulación de los versos, *Anteparaiso* (1982), de Raúl Zurita, abrió el camino a la "movilidad" del desierto de Atacama, las cordilleras de los Andes, al pantefismo que sufre en carne propia y expresa ese sufrimiento.
7. Este juego es consciente dentro del libro. Ignoro por qué el poeta no prestó atención a estos versos: "Pero algunas casas también tienen su juego [...] Entonces la gente les dice a las casas que ya está bien de su juego / que recojan a sus cuartos y se regresen para el pueblo"

(*Casas*, pág. 89). Por ejemplo, *Cedro* (pág. 103) y *Mesa* (pág. 105) son casi el mismo poema, predicando casi lo mismo.

8. Cf. las innumerables nubes en las págs. 25, 37, 39, 43, 53, 55, 57, 59, 61, 63, 83, 89, 91, 101 y 109.
9. Las "cosificaciones", pues: "Era natural que los indios quisieran hacer volar alguna cosa" (pág. 19); "En la oscuridad lo vemos mandar sobre las cosas" (pág. 27); "La cartelera del muchacho reúne la tierra y sus cosas" (pág. 31); "Por cada cosa que nace en el universo..." (pág. 33); "El hombre que necesita espacio en su mente para cosas de importancia" (pág. 47); "... a las cosas les tocaba salir en la mente de un muchacho" (pág. 59); "...muy ocupada para distraerse en otras cosas" (pág. 71); "...su madre le dice / que la lleve a vivir en el patio con los animales y las cosas" (pág. 87).

Amazon show

Amazonia

Juan Carlos Galeano

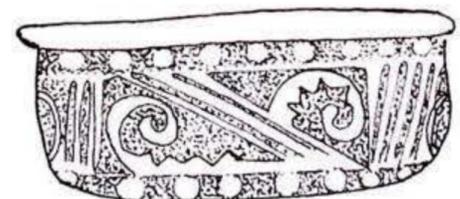
Poesía Casa Silva, Bogotá, 2003,
109 págs.

Saludo con entusiasmo el libro *Amazonia*, de Juan Carlos Galeano. Pocas veces la nueva poesía colombiana se ha visto tan renovada, tan sacudida del lastre de su tradición, de la permanencia, del sedentarismo e, incluso, del ser "demasiado ella misma". Como afirma el poeta chileno Raúl Zurita, "Galeano ha escrito un libro extraordinario [...] Su voz es completamente nueva, no oída antes, y cumple con la proeza de agregarle a la poesía de nuestro tiempo la inmensidad de un universo que faltaba". ¿Cómo se produce este fenómeno? ¿Qué mezcla de visión y reflexión, de realidad e imaginación, de historia y mito, de lírica y narrativa, logra ese extrañamiento en el lector, esa fusión entre asombro y júbilo?

Volvamos al principio. Juan Carlos Galeano nació en Caquetá, parte de la región amazónica colombiana, en 1958, y emigró en un proceso de "autoexilio" a los Estados Unidos, en 1983. Este dato es significativo a la hora de sopesar resultados.

Allí conoce a los maestros centroeuropeos Vasko Popa, Vladimir Holan, Lucian Blaga y, por supuesto, el serbio Charles Simic, a quien traduce al español.

En el trance del exilio, Galeano no sólo muda de tierra sino que también muda de lengua. La mudanza es tan dolorosa como arriesgada y sólo en raras ocasiones resulta recompensada por el éxito. En casi todos estos casos el destierro termina en mudez. La errancia de Galeano lo obliga a ver desde afuera su lenguaje nativo, su lengua materna. Pero nadie puede viajar sin detenerse nunca. Es en la detención donde el poeta adquiere conciencia de su origen, de sus antepasados, de su tradición.



El verdadero acierto de Galeano es haber nacido en un lugar a donde nunca más habría de regresar intacto. Su desapego es una toma de conciencia de su escritura. Un sentimiento de provisionalidad, de vivir a la intemperie en el lenguaje: mezcla de nomadismo y sedentarismo. Del primer poemario *Baraja inicial* (Ulrika, 1986) hasta *Amazonia* (Casa de Poesía Silva, 2003), su creación sufre una metamorfosis profunda. Los primeros versos, breves y solemnes, se acercarán al "imagismo" de William Carlos Williams y a la tradición oriental del haikú. En el segundo libro, según su propio autor, "el lenguaje está podrido". Los versos se alargan en un deliberado prosaísmo traspasado por la